



La Santa Sede

RADIOMENSAJE DE NAVIDAD DE SU SANTIDAD JUAN XXIII*

Jueves 22 de diciembre de 1960

«Vidimus gloriam Eius; gloriam quasi Unigeniti a Patre plenum gratiae et veritatis». (Io. 1, 14).

Venerables hermanos, amados hijos, esparcidos por todo el mundo. Paz y bendición apostólica.

Aceptad como augurio festivo este mensaje de Navidad, conforme os lo ofrecemos.

Nuestro mensaje se inspira en la primera página del Evangelio de San Juan, en aquel prólogo que es la materia del sublime poema que canta el misterio y la realidad de la unión más íntima y sagrada entre el Verbo de Dios y la humanidad, entre el cielo y la tierra, entre el orden de la naturaleza y el de la gracia, cual resplandece y se transforma en triunfo espiritual desde el comienzo de los siglos hasta su consumación.

En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron (Io. 1, 1, 3-5). Hubo un hombre llamado Juan para dar testimonio de la Luz: él no era la Luz, sino sólo un testimonio que invitaba a recibir la Luz. El Verbo de Dios con inefable arrebató de divina gracia asumió la naturaleza humana y quiso habitar en la tierra, entre los hombres, y conversar familiarmente con ellos. Cuantos lo reconocieron y recibieron en Él el Verbo de Dios hecho hombre (pronunciemos su nombre sagrado y bendito: *Jesus Christus Filius Dei, Filius Mariae*) fueron asociados a su misma filiación divina, considerados, por tanto, como sus hermanos, destinados a la herencia de los siglos eternos.

Con esta simple y elemental evocación doctrinal e histórica nos llega el anuncio de la Navidad y de Belén. Palabras sagradas son éstas, que en una bella sinfonía resuenan por todas partes, difundiendo al punto suavidad y belleza, para prorrumpir después, al mismo tiempo, en la plenitud

de aquella gran obra que es el triple poema: la creación, la redención, el precio de la Sangre de Cristo y la Iglesia, una, santa, católica, apostólica. Todo esto, ofrecido como tesoro de doctrina divina y como fuente de vida perfecta en la tierra, a las almas y a los pueblos que saben aprovecharse de ello.

En primer lugar está el esplendor del Padre Celestial glorificado en su Hijo, que nos invita a la admiración de las mutuas relaciones inefables de las personas de la Santísima Trinidad. Después, el segundo Juan, el Evangelista, se apresura a hablarnos de las manifestaciones de la misma Trinidad en beneficio del hombre, en beneficio de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, y en beneficio de cada una de las almas. *Vidimus gloriam eius*.

GRATIA ET VERITAS

Con estas palabras termina el prólogo, tomando al mismo tiempo un tono de aclamación gloriosa: *Vidimus gloriam eius*.

¿Qué gloria? Aquella preclarísima del Verbo que existía *in principio et ante saecula*, y que, haciéndose hombre, como hijo unigénito del Padre, apareció lleno de gracia y de verdad. Fijaos bien en estas dos palabras: gracia y verdad.

Gracia

La palabra *gracia* es la primera que brota de los labios angélicos al anunciar a María el divino misterio y significa plenitud de gracia: *Ave, gratia plena*. Ella se repite después en el libro santo con diversos matices y es siempre expresión de benignidad y de bondad.

"Cuán preciosa es tu gracia, oh Señor —canta el salmista con acentos de ternura que llenan de conmoción el corazón—; los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas, sácianse de la grosura de tu casa, y en el torrente de tus delicias los abrevas. Porque en Ti está lo futuro de la vida, y en tu luz veremos la luz. Conserva, oh Señor, tu gracia a los que te adoran y tu equidad a los rectos de corazón" (*PS. 35. 8-11*).

Hablaros largamente de esta gracia, ¡cuán delicioso nos sería!

Verdad

Pero Nos debemos confiar, queridos hijos, que es sobre todo hacia la verdad a donde nuestro espíritu se siente elevado, a medida que la experiencia de la vida pastoral nos suministra ejemplos siempre más luminosos de lo que es de primera importancia y conviene profundizar.

San Agustín, para designar al Verbo Divino aparecido en Belén, le llama inmediatamente, y sin

más, la Verdad, como Hijo único del Padre, resplandeciente por los tesoros de su naturaleza para iluminar a todas las criaturas visibles e invisibles, materiales y espirituales, humanas y sobrehumanas (Cfr. *De Trin.*, 15, 11; *PL*. XLII, 1071).

Los dos testamentos contienen el anuncio de una doctrina cuya fuente es eterna. Ella es la esencia y el esplendor de la verdad que se irradia por todos los siglos y aparece al hombre, obra maestra y sacerdote del universo visible. Ella es la substancia de una enseñanza viva que preside todos los desarrollos del orden natural y sobrenatural.

Las primeras palabras del Antiguo Testamento describen, en efecto, los orígenes del mundo; las últimas del Nuevo Testamento *Veni domine Iesu*, son la recapitulación de la historia, de la ley de la gracia.

Para las almas creadas por Dios y destinadas a la eternidad es natural la búsqueda y el descubrimiento de la verdad, objeto primero de la actividad interior del espíritu humano.

¿Por qué se dice la verdad? Porque es comunicación de Dios, y entre el hombre y la verdad no hay, simplemente, relación accidental, sino relación necesaria y esencial.

VERDAD EN EL HOMBRE Y EN EL CRISTIANO

Esta verdad, que brota del Verbo Divino, enciende e ilumina el pasado, y vivifica con sus rayos el presente, es como la respiración que asegura la vida para el futuro hasta el más allá de la postrera aparición de Dios sobre la Tierra en el juicio final, que decidirá la suerte de todos los hombres para la eternidad.

Esta irradiación, esta vibración, esta animación considerada en el mundo físico, pero aún más en el mundo espiritual, es reconocida por el hombre e invade la vida de aquel cuyo rostro refleja los rasgos divinos: "estamos marcados por la luz de tu rostro, Señor" (*Ps.* 4, 7), ella es una fuente de alegría para toda alma: "penetrasteis de alegría mi corazón" (*Ibid*).

Pero lo que importa más retener y percibir es que la actitud para conocer la verdad representa para el hombre la responsabilidad sagrada y muy grave de cooperar con el designio del Creador, del Redentor, del Glorificador. Y ello vale aún más para el cristiano que lleva, en virtud de la gracia sacramental, el signo evidente de su pertenencia a la familia de Dios. Aquí se distinguen la dignidad y la responsabilidad más grandes que son impuestas al hombre —y aún más a cada cristiano— de honrar a este Hijo de Dios, Verbo hecho carne, y que da la vida al mismo tiempo al compuesto humano y al orden social.

Jesús ofreció a la imitación de los hombres treinta años de silencio, para que ellos aprendan a contemplar de Él la verdad, y tres años de enseñanza incesante y persuasiva para que ellos vean

un ejemplo y una regla de vida.

El Libro divino es suficiente para llenarnos de esta doctrina y orientarnos mediante ella.

La unión con Cristo, Señor y Maestro —como Él mismo se proclamó—, es, en consecuencia, el triunfo de la verdad, la ciencia de las ciencias, la doctrina de las doctrinas. Juan Evangelista dice del Verbo de Dios exaltado por la luz de los dos Testamentos: "La ley fue dada por Moisés y la verdad fue hecha por Jesucristo" (*Io.*, 1, 17). En otra ocasión, el Maestro Divino repite: "Yo soy la luz del mundo, quien me sigue no camina en tinieblas" (*Io.*, 8, 12).

Queridos hijos, ¿qué es, pues, esta luz si no es la verdad?

En los libros del Antiguo Testamento es corriente el referirse a la verdad.

El salmista repite muchas veces esta invocación de la verdad: "Tu misericordia y tu verdad me han sostenido siempre, Señor" (*Ps.* 39, 12). La verdad y el juicio permanecen siempre cerca de Ti (cf. *Ps.* 88, 15). Tu verdad me rodea como un escudo (cf. *Ps.* 90, 5). Tu justicia, tu justicia eterna (*Ps.* 118, 142). ¡Oh Señor, la verdad permanece siempre! (cf. *Ps.* 116, 2). La verdad se volverá en provecho de todos aquellos que saben emplearla (cf. *Eccli.* 27, 10). Todos los caminos del Señor son verdad (cf. *Ps.* 118, 151)

El Señor ama la verdad, la gracia y la gloria (*Ps.* 83, 12).

EL OCTAVO MANDAMIENTO

¡Qué bella es, bajo esta luz, la invitación hecha al nombre de decir siempre la verdad a su prójimo y qué fuerte y terrible el mandamiento de no decir jamás nada falso contra su prójimo!: "No levantarás falso testimonio contra tu prójimo" (*Ex.* 20, 16). La orden de juzgar según la verdad y con intenciones pacíficas en el umbral de vuestras puertas: "Hablad cada cual verdad a su prójimo, juzgad en vuestras puertas juicios de salud" (*Zach.* 8, 16).

San Pedro Canisio, doctor de la Iglesia, en su célebre *Summa de la Doctrina Cristiana*, que fue el catecismo de generaciones enteras, expresa la parte negativa y la parte positiva de este precepto en palabras penetrantes y convincentes.

En el aspecto negativo se prohíbe todo testimonio falso y engañoso que podría comprometer judicialmente y aun fuera del tribunal la buena reputación del prójimo de cualquier manera que sea, como ocurre a aquellos que murmuran, denigran, critican, acusan y halagan. Prohíbe igualmente toda mentira y todo abuso de lenguaje contra el prójimo, y ello en la misma medida y con la misma energía que los tres mandamientos que preceden, a saber: no matar, no fornicar, no robar.

En el aspecto positivo, por el contrario, alaba el hecho de hablar bien del prójimo de manera cortés, para su defensa y su utilidad, sin disfraz, falsedad o malicia.

Toda esta doctrina está sacada del Antiguo Testamento, que es muy rico en pensamientos referentes a esta materia de la verdad al servicio del inocente, de la justicia, de la caridad.

Y, en el Nuevo Testamento, en los Evangelios y escritos apostólicos, qué de enseñanzas sobre la belleza, la solidez y la muy profunda sabiduría de la verdad aprendidas y vividas según el precepto del Señor.

El Evangelista San Juan nos muestra la actitud instructiva de Jesús frente a aquellos que él había logrado convertir: "Si permanecéis en la verdad, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (*Io.*, 8, 30-32).

Pero esta conversación se convierte de interesante en terrible, cuando Jesús conduce a sus interlocutores a conclusiones desoladoras para todo negador de la verdad conocida.

"Os llamáis hijos de Abraham. Haced, pues, las obras de Abraham. Ahora bien, yo sé que tratáis de darme muerte, porque yo os he dicho la verdad, la verdad que conozco de Dios mismo. Si Dios fuese vuestro Padre, vosotros me amaríais a Mí también, porque yo vengo de Dios que me ha enviado. Vosotros, por el contrario, sois los hijos del diablo y queréis cumplir los deseos de aquel que es vuestro Padre" (cf. *Io.* 8, 31 ss.)

Al escuchar estas palabras, nos dice San Juan que estos desgraciados tomaron piedras para lanzarlas contra Jesús. Pero Él se oculta y sale del templo (*Io.*, 8, 39-59). Era la verificación de las palabras del salmista: "Amad al Señor, vosotros todos que habéis sido fieles, porque el Señor busca la fidelidad, pero castiga con usura a aquellos que actúan con orgullo" (*Ps.* 30, 24). Igualmente se dice en los proverbios: "Comprad la verdad y no vendáis la prudencia" (Cfr. *Prov.*, 23, 23). Y más abajo: "La lengua mentirosa no ama la verdad" (*Prov.*, 26, 28). Y, finalmente: "Aquel que en materia de justicia hace acepción de personas traicionará la verdad por un bocado de pan" (*Ibid.*, 28, 21).

PENSAR, HONRAR, DECIR Y PRACTICAR LA VERDAD

Pero he aquí que el creyente se encuentra de cara a la verdad que se impone con dulzura y firmeza.

Las palabras de Cristo sitúan, en efecto, a todo hombre de cara a su responsabilidad; se trata de aceptar o de rehusar la verdad invitando a cada uno, con fuerza persuasiva, a permanecer en la verdad, a. alimentar sus pensamientos personales de verdad, a obrar según la verdad.

Este mensaje de augurio que os queremos dirigir es, por tanto, una invitación solemne a vivir según el cuádruple deber de pensar, de honrar, de decir y de practicar la verdad. Tal deber deriva de manera clara e indiscutible de las palabras del Libro Santo que os hemos recordado, de la armonía, plena de resonancias a la vez dulces y severas, del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Ante todo, pues, se ha de *pensar con verdad*, tener ideas claras sobre las grandes realidades divinas y humanas, de la redención y de la Iglesia, de la moral y del derecho, de la filosofía y del arte, tener ideas justas o procurar formarse en ellas concienzudamente y con lealtad.

Desgraciadamente se ve casi todos los días plantear o discutir las cuestiones con una ligereza desconcertante, fruto —lo menos que se puede decir— de la falta de preparación. De ahí que en un reciente discurso sobre la familia hayamos invitado "a todos aquellos que tienen deseos y medios de actuar sobre la opinión pública para que no intervengan nunca si no es para aclarar las ideas y no para confundirlas, para observar la corrección, respeto" (*A la Sagrada Rota Romana*, 25 de octubre de 1960).

Honrar la verdad es una invitación a ser un ejemplo más luminoso en todos los sectores de la vida, individual, familiar, profesional y social. La verdad nos hace libres. Ennoblece a quien la profesa abiertamente y sin respeto humano. ¿Por qué, pues, tener miedo de honrarla y de hacerla respetar? ¿Por qué rebajarse a acomodaciones con la propia conciencia, a aceptar compromisos en evidente contraste con la vida y la práctica cristianas cuando aquel que tiene la verdad debería estar convencido de tener consigo la luz que disipa toda oscuridad y la fuerza enorme que puede transformar al hombre? Es culpable no solamente quien desfigura deliberadamente la verdad, sino que lo es también aquel que, por no aparecer completo y moderno, la traiciona por la ambigüedad de su actitud.

Honrad, pues, la verdad mediante la firmeza, el valor, la conciencia de quien posee fuertes convicciones.

Además, decir la verdad, ¿no es la admonición de la madre que pone en guardia a su hijo contra las mentiras, la primera escuela de verdad que crea hábito, costumbre adquirida desde los primeros años, que se convierte en una segunda naturaleza y prepara al hombre de honor, al cristiano perfecto, a la palabra pronta y franca y, si es necesario, al valor del martirio y del confesor de la fe? Tal es el testimonio que el Dios de la verdad pide a cada uno de sus hijos.

Por último, *practicar la verdad*: ella es la luz en la que toda persona debe sumergirse y la que da el valor a cada una de las acciones de la vida. Es la caridad que mueve a ejercer el apostolado de la verdad para conocer, para defender los derechos, para formar las almas —especialmente las almas sinceras y generosas de la juventud—, a dejarse impregnar de ella hasta las más íntimas fibras.

El antidecálogo

Pensar, honrar, decir y practicar la verdad. Proclamando estas exigencias básicas de la vida humana y cristiana, una pregunta surge del corazón a los labios: ¿Dónde está en la tierra el respeto a la verdad? No estamos, a veces, e incluso muy frecuentemente, ante un antidecálogo desvergonzado e insolente que ha abolido el no, ese "no" que precede a la formulación neta y precisa de los cinco mandamientos de Dios que vienen después de "honra a tu padre y a tu madre"? ¿No es prácticamente la vida actual una rebelión contra el quinto, sexto, séptimo y octavo mandamientos: "No matarás, no serás impuro, no robarás, no levantarás falsos testimonios"? Es como una actual conjuración diabólica contra la verdad. Y, sin embargo, ahí está por siempre válido y claro el mandamiento de la ley divina que escuchó Moisés sobre la montaña: "No levantarás falsos testimonios contra tu prójimo" (*Ex. 20, 16; Deut. 5, 20*). Este mandamiento, como los otros, permanece en vigor con todas sus consecuencias positivas y negativas; el deber de decir la verdad, de ser sincero, de ser franco, es decir, de conformar el espíritu humano con la realidad, y, de otra parte, la triste posibilidad de mentir, y el hecho más triste todavía de la hipocresía, de la calumnia, que llega hasta obscurecer la verdad.

Estamos viviendo entre dos concepciones de la convivencia humana. De un lado, la realidad del mundo buscada, ansiada y actuada tal cual está en el designio de Dios. Por otro —no tememos repetirlo— la falsificación de esa misma realidad, facilitada por la técnica y el artificio humano, moderno y modernísimo.

Ante el cuádruple ideal de pensar, honrar, decir y obrar la verdad y el espectáculo cotidiano de la traición manifiesta o encubierta de este ideal, el corazón no logra dominar su angustia y nuestra voz tiembla.

A pesar de todo y de todos, *veritas Domini manet in aeternum*, la verdad del Señor permanece eternamente (*Ps. 116, 2*), y quiere resplandecer cada vez más ante los ojos y ser escuchada por los corazones.

En muchos se ha difundido un poco la sensación de que las horas por que atraviesa el mundo son tremendas.

Pero la historia del pasado ha conocido horas mucho peores. Y, no obstante, las voces clamorosas o astutas de los más violentos, estamos bien seguros que la victoria espiritual será de Jesucristo *qui pendet a ligno*.

Horas angustiosas

El hecho de comprobar que una tempestad, cada vez más grave, arrecia en algunas regiones del mundo, y amenaza el orden social, pero sobre todo muchas almas débiles, más que malas y

malintencionadas, nos impulsa en este mensaje de Navidad a dirigir la palabra a los que tienen una mayor responsabilidad en el orden público y social, y a invitarles, en nombre de Cristo, a ponerse la mano en el pecho y a estar a la altura que les corresponde en los días del universal peligro. En realidad, se trata de la causa de todos, toda distinción entre grandes y pequeños se debe fundir en un unánime esfuerzo común.

Deseamos, pues, alzar nuestros brazos sacerdotales hacia los más altos responsables, que presiden las organizaciones del orden civil —jefes de Estado y Administración regional y local—. Pero también a todos en conjunto: a los educadores, a los padres maestros, a todos los trabajadores del pensamiento, de los brazos, del corazón, y especialmente a los responsables de la opinión pública, que se vienen formando o deformando por medio de la Prensa, de la radio y televisión, del cine, de concursos y exposiciones de todas clases, literarias o artísticas: escritores, artistas, productores, directores y escenógrafos.

A todos nuestros hijos, y, especialmente, a los que por su misión particular son llamados a rendir testimonio de la verdad, como también a cuantos desean vivir su vida individual y familiar, van dirigidas estas nuevas palabras, que brotan espontáneamente de nuestro corazón, y que acogerán con reflexión —de ello estamos ciertos— las almas más rectas y sinceras.

Amados hijos. No, no os prestéis jamás a la falsificación de la verdad. Horrorizaos de esto.

No os sirváis de estos maravillosos dones de Dios, que son la luz, los sonidos, los colores y sus aplicaciones técnicas y artísticas —tipográficas, periodísticas, audiovisivas— para atropellar la inclinación natural del hombre a la verdad, sobre la cual se levanta el edificio de su nobleza y grandeza. No os sirváis de estas cosas para empujar a la ruina conciencias todavía no formadas o vacilantes.

Tened santo terror a difundir los gérmenes que profanan el amor, disuelven la familia, ridiculizan la religión, sacuden los fundamentos del orden social, que se apoya en la disciplina de los impulsos egoístas y en la fraternidad concorde y respetuosa del derecho individual. Colaborad más bien en el trabajo de hacer que el aire que se respira sea siempre más puro y menos contaminado, aire cuyas primeras víctimas son los inocentes y los débiles. Estableced con serena perseverancia y con incansable empeño las bases de tiempos mejores, más sanos, más justos, más seguros.

INALTERABLE CONFIANZA

Amados hijos: Henos de nuevo ante la escena de Belén, ante la luz del Verbo encarnado, ante su gracia y su verdad, que a todos quiere atraer hacia sí.

El silencio de la noche santa y la contemplación de aquella escena de paz, son elocuentísimos.

Volvamos hacia Belén con mirada pura y corazón abierto.

Al lado de este verbo de Dios, hecho hombre por nosotros, al lado de esta *benignitas et humanitas Salvatoris nostri Dei* (cf. *Tit.*, 3, 4), deseamos una vez más dirigirnos con gran respeto y afecto, especialmente a los más altos representantes de los poderes públicos, que ocupan su puesto en los diversos y más importantes puntos del Globo, lo mismo que a los responsables de la educación de las jóvenes generaciones, de la pública opinión, exhortando a cada cual a asumir una conciencia cada vez más madura de su propio deber y de su responsabilidad, a mantenerse en su puesto con sinceridad y con valor.

Nos, ponemos nuestra confianza en Dios y en la luz que viene de Él. Confiamos en los hombres de buena voluntad, satisfechos de que nuestras palabras susciten en todos los corazones rectos un latido de viril generosidad.

Ocurre a veces que una voz tenue, en un tono como de profecía, llega a nuestros oídos con un aire de temor exagerado, voz que luego suscita débiles fantasías.

San Mateo, el primero de los evangelistas, nos cuenta que Jesús, al caer de una jornada fatigosa, se recogió solo en el monte a orar. La barca de los suyos, que había quedado en el lago, era agitada por los vientos y, ya de noche, Jesús bajó, y caminando ligero sobre las olas dijo en voz alta: tened confianza no temáis, porque soy yo. Señor, si eres tú, dijo Pedro, haz que yo pueda llegarme a ti andando sobre las aguas. Y Jesús dijo: —Ven. Y Pedro, bajando de la barca, quiso acercarse al Divino Maestro. Mas por la violencia del viento, tuvo miedo, y, comenzando a hundirse gritó: —Señor, sálvame. Jesús le extendió al punto la mano, lo sostuvo y le dijo: —Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? Y cuando estuvieron todos reunidos en la barca el viento cesó (*Math.*, 14, 22-32).

Amados hijos, este episodio, aún en las sombras de la noche, sobre el lago, es de una transparencia encantadora. El humilde sucesor de San Pedro no siente todavía ninguna tentación de zozobra. Nos sentimos fuertes en la fe, y junto a Jesús podemos atravesar no sólo el pequeño lago de Galilea, sino también todos los mares del mundo. La palabra de Jesús basta para la salvación y la victoria.

Esta es una página de las más bellas del Nuevo Testamento. Es alentadora y llena de feliz augurio. A la luz de esta visión deseamos poner término a nuestro mensaje de Navidad, con dos palabras del Antiguo Testamento, para expresar vivamente la sustancia de esta conversación en que el corazón del padre y del pastor se abre a sus hijos espirituales con tanto cariño.

Es el final del encuentro del santo rey Ezequías con Isaías, máximo profeta de Israel. Este lo había atemorizado con las amenazas de una invasión no lejana y de enorme ruina, a lo que Ezequías respondió:

"Buena es la palabra del Señor que me has anunciado: me basta únicamente con la paz y la verdad para mis años."

* AAS 53 (1961) 5-15; *Discorsi, messaggi, colloqui*, vol. III, págs. 82-94.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana